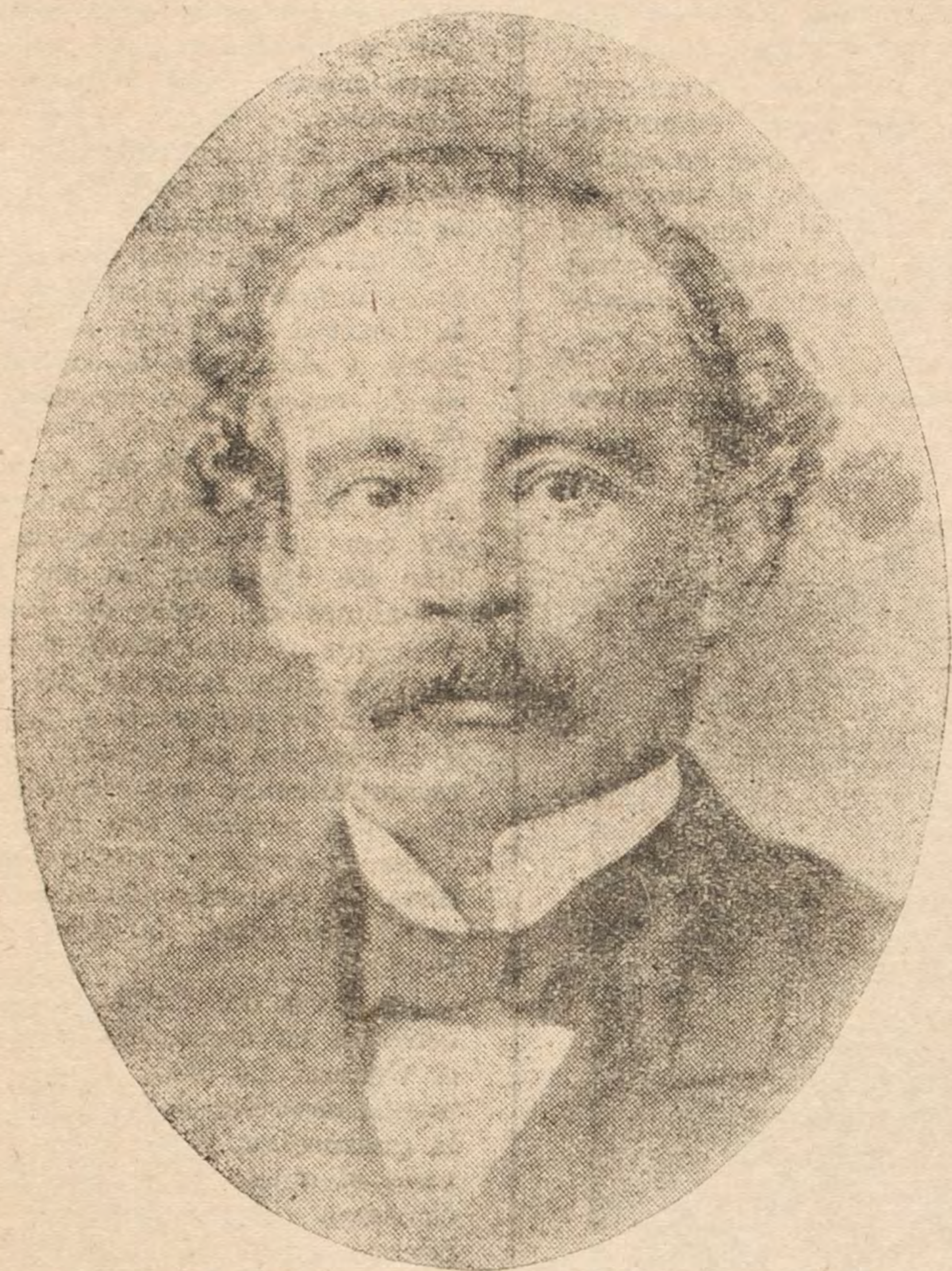


Manuel A. Fuentes

LAS BATALLAS DE LA INDEPENDENCIA



El más notable de los humoristas nacionales, escribió sus admirables trabajos con el seudónimo de "El Muroleño"

Los acontecimientos políticos de que la España fué el teatro en el año de 1808, a consecuencia de la invasión francesa, ejercieron en las colonias americanas una grande influencia o inspiraron las ideas de independencia y libertad. En el Perú existieron conatos más o menos desarrollados de sublevación, pero no era tan fácil asunto combatir la numerosa fuerza española que sostenía la autoridad del monarca. El desastre que sufrió parte de esta fuerza en Maipú, el 5 de abril de 1818 después de la derrota de los insurgentes en Cancha-Rayada el 19 de marzo anterior, y la prontitud y actividad con que éstos se rehicieron fué el preludio de los sucesos que dieron por resultado la emancipación del Perú. El espíritu de insurrección, amortiguado en Lima desde que fracasó la intentada revolución de 22 de julio del año 1818, descubierta en los momentos de estallar en las fortalezas del Callao, y por la cual fueron presos los caudillos Espejo, Alcázar, Barboza y otros, se reanimó vigorosamente en vista de los triunfos alcanzados por los patriotas de Chile.

El ejército español derrotado quedó reducido a un pequeño número de hombres, y sus desorganizados restos encerrados en las plazas de Concepción y Talcahuano. Las fuerzas que existían en Lima, aunque numerosas y bien disciplinadas, perdieron parte de la fuerza moral que, más que la física, importa conservar en las circunstancias solemnes, aumentando ese desaliento la llegada al Callao del general veneciano, con algunas partidas de los regimientos que combatían a sus órdenes.

La energía y actividad de los jefes lograron reanimar a las tropas que fueron reforzadas por la llamada división intermedia del Ejército Real del Alto Perú, que se hallaba

situada en Sicasica, 25 leguas al sur de La Paz. Esta división formada de los batallones de Castro (chilotes) y del primer batallón del Regimiento del Cuzco, del que era comandante don Agustín Gamarra, después Presidente de la República, fué conducida a marchas forzadas, a la capital, por el Brigadier Don Gerónimo Valdés y por el coronel Don Antonio Seoane, jefes que, desde su llegada, se pusieron en pugna, aunque no manifiesta, con el Virrey, sin duda para realizar más adelante y en la ocasión oportuna el plan de deponerlo del mando, para lo cual estaban de acuerdo con el General Canterac; supónese que este proyecto de deposición tuvo su origen en la desaprobación que mereció, aún de las personas más adictas al Virrey, el nombramiento del general en jefe de la expedición de Chile en la persona del Brigadier Don Mariano Osorio; pero quizá no se hubiera realizado tan pronto sin la derrota del Maipú, y sin los posteriores ensayos de invasiones al Perú, presentándose fuerzas marítimas de Chile, al mando de Lord Cochrane en el Callao, el 28 de febrero de 1819, entablado un bloqueo que duró hasta el fin de marzo, retirándose a Chile y volviendo a presentarse en el Callao a fines de Setiembre (1).

La aparición, en las aguas del Callao, de la fragata española *Prueba* que se presentó con bandera inglesa, y la creencia de que era seguida por los navíos de guerra "San Telmo" y "Alejandro" que con ella formaban la expedición que salió de Cádiz con destino al Callao, y de los cuales el uno regresó a aquel puerto desde la línea, y el otro se perdió en el Cabo de Hornos, hicieron apresurar las operaciones de la escuadra bloqueadora, que se hallaba fondeada a lo largo de la isla de San Lorenzo; intentaron los patriotas incendiar los buques de gue-

rra y mercanías que se encontraban en el puerto, no pudiendo lograrse ese propósito, porque habiendo sido descubierto el brulote que para el efecto enviaron, apesar de la oscuridad de la noche, por un sargento del regimiento del Infante, desde el castillo de San Rafael, fué echado a pique antes de que llegase al punto donde debía hacer la explosión. Aunque este suceso no fué feliz para los buques patriotas, no por eso levantaron el bloqueo, ni dejaron de prepararse para emprender nuevas hostilidades; y el 5 de noviembre del año siguiente se sacaron del fondeadero a la fragata de guerra nacional "Esmeralda" (2), tomándola al abordaje, no obstante la vigorosa resistencia que hizo, y el vivo fuego de mar y tierra con que se pretendió impedir el apresamiento.

Estos acontecimientos, la retirada de la escuadra de Chile, y los rumores de que el General San Martín preparaba en Mendoza una cruzada para unirse con ella a los vencedores del Maipú, entusiasmaron a los patriotas de Lima y de la costa, que trabajaban ya con ahinco y menos reserva para coadyuvar a que aquella expedición, en caso de ser cierta, alcanzara un éxito feliz. El gobierno, naturalmente alarmado, empezó a perseguir a los partidarios de la independencia, y entre otras personas notables, fueron presos el coronel José de la Riva Aguiro, los Drs. Pezet y Devoti y don Fernando López Aldana. Mientras tanto, el ejército llamado de Lima, se aumentaba rápidamente y se disciplinaba con grande actividad; y había sobrados fundamentos para pronosticar que la expedición del General San Martín, impotente para resistir a fuerzas numerosas y bien organizadas, no podría jamás alcanzar la realización del grande objeto para que se la preparaba. Pero a estos elementos de superioridad material, se oponían otros de no menos importancia, nacidos de la rivalidad que reinaba entre los jefes venidos del Alto Perú y el Virrey; rivalidad que, aumentando cada día más y más, alentaba a los patriotas para trabajar con mayor desembarazo en favor de la causa; la llegada del General Canterac, que siendo Jefe del Estado Mayor General del Ejército del Alto Perú, sin orden del Virrey ni consentimiento del Teniente General Don Juan Ramírez, se separó acompañado de un batallón y un escuadrón, bajo pretexto de estar amenazada la capital, vino a poner en mayor compromiso la situación del Virrey. Las exigencias del recién llegado fueron inmensas; quiso sustituir al Benemérito General La Mar en su cargo de Jefe de Estado Mayor del Ejército de Lima. El Virrey accedió a todo, relajando su firmeza y energía, con el propósito de conciliar los ánimos y uniformar las opiniones, para evitar de este modo algún funesto acontecimiento. En tales circunstancias, se confirmaron las noticias sobre la salida de la expedición chilena, y el ejército español se preparaba a combatir, engrasado por los refuerzos de infantería y caballería traídos por Valdés y Seoane y por el brillante batallón Numancia, llegado de Nueva Granada. Sin embargo, no sabiéndose con certidumbre el punto donde el General San Martín debía desembarcar, aquellas fuerzas tuvieron que permanecer en la inacción. De esta incertidumbre y del tiempo de

descanso que ella ofrecía, se aprovechó el Virrey para hacer la solemne proclamación, en las plazas de la capital, de la Constitución de la monarquía, recibida pocos días antes, y rara coincidencia! mientras en Lima se verificaba este acto, el 8 de setiembre de 1820, el General San Martín, en el mismo día, desembarcaba sus tropas en las playas de Pisco, recibiendo el gobierno la noticia al día siguiente, cuando las corporaciones y empleados de alta categoría se hallaban en palacio jurando la Carta Fundamental Española.

Aunque aparentara recibirse con indiferencia esa noticia, no dejó de causar alguna confusión en las ideas y ánimo del Virrey, de la que se aprovecharon los jefes, sus rivales, tratando de ingerirse, desde luego, en las disposiciones militares que debían adoptarse, y obligándolo, por decirlo así, a formar una Junta permanente de Guerra, compuesta de él, como Presidente, del General La Serna que se hallaba de tránsito en la capital para regresar a la Península, del Sub Inspector D. José de La Mar, del de artillería, don Manuel Llanos y Nagera, del de Ingenieros don Manuel Olaguer Feliu y del General Canterac, siendo Secretario el coronel don Juan Loriga. Una de las primeras proposiciones que en la junta se hicieron y que se aprobó por la mayoría, fué la de incendiar y arrasar el fuerte de Santa Catalina y abandonar la capital; pero a la realización de esta idea, se opuso tenazmente el Virrey y, reasumiendo por entonces todo el lleno de su autoridad, dijo: que él era el único responsable al Monarca, y que de los acontecimientos funestos provenientes de una operación precipitada, no lo salvaría el acuerdo de una Junta de Guerra. Esta repulsa, expresada con firmeza y energía, acabó de exacerbar a los jefes que se ocuparon, desde ese momento, de escogitar los medios de realizar la deposición del Virrey que ya tenían proyectada. Mientras tanto, era imposible aún sospechar las operaciones militares que intentara el General San Martín; ostensiblemente no se veían sino escaramuzas en los valles de Chincha, Pisco y Cañete, entre partidas de su tropa y las realistas, siendo el resultado de ellas favorable a las patriotas, que aumentaban sus filas con los negros de las haciendas, remontaban su caballería, colectaban víveres y mantenían en la inacción a las principales fuerzas españolas.

Al fin, el General San Martín descubrió su intento de abrir la campaña por la costa del norte de Lima, y reembarcando sus fuerzas en Pisco, se dirigió a las caletas de Ancón y Huacho, extendiendo sus destacamentos desde este último hasta Chancay, y avanzando a veces sus descubiertas hasta el Cerro de la Arena y Copacabana. Estos movimientos obligaron a los españoles a cubrir la capital, formando una línea de defensa en los terrenos de Aznapuquio, y adelantando hasta Copacabana o más allá, avanzadas que se tiroteaban casi diariamente con los destacamentos contrarios que mandaba el teniente Raulet.

Tratóse entonces de entablar negociaciones que produjesen una suspensión de armas, mientras se consultaban a la Corte las proposiciones hechas por el General San Martín para poner término a la guerra; y al efecto, se señaló para la discusión el punto de Miraflores, donde se juntaron los comisionados de ambos bandos, siéndolo por el de los patriotas don Tomás Guido y don Juan García del Río, y por el realista el conde de Villar de Fuente, don Dionisio Capaz y el doctor don



Hipólito Unánue como Secretario. Las negociaciones fueron suspendidas por no haber habido avenimiento entre las partes negociadoras, quedando, sin embargo, aplazadas para más adelante. Se abrieron de nuevo en Puno, cuando ya estaba hecho cargo del virreinato el General La Serna, y concurren a ellas, por parte del General San Martín los mismos individuos, y por la del gobierno español, el capitán de fragata don Manuel Abreu, recién llegado de la Península con el carácter de Comisario Regio, don Manuel Llanos y Nagera y don Melitón Pérez del Camino, ex comandante del a fragata "Prueba".

Los contrastes sufridos por las fuerzas realistas en diferentes encuentros parciales; la pasada del batallón Numancia; y la derrota en el Cerro de Pasco de la división de O'Reilly, compuesta del batallón Victoria, antes Talavera, y un escuadrón mandado por don Andrés Santa Cruz, por las fuerzas que, a las órdenes del General Arenales, había puesto en marcha para esos puntos el General San Martín desde Pisco, antes de marchar para la costa del norte impulsaron al General Canterac y demás jefes rivales del Virrey a realizar el plan de deposición que tenían premeditado; para conseguirlo le hicieron presente que, en las difíciles circunstancias en que se hallaban, era incompatible el desempeño de un cargo como el del Virrey con el de General en Jefe de un ejército de operaciones, cuyos movimientos eran inciertos, pudiendo resultar que alguno de los dos cargos quedara alguna vez abandonado; que por lo mismo era preciso que reteniendo el mando político y permaneciendo en la capital, sin mezclarse en operaciones militares, nombrase General en Jefe a don José La Serna. A todo accedió el Virrey, que, confiando en la disciplina y moralidad del ejército, y por el temor de reagravar la situación, había permanecido impasible y guardado completo silencio apesar de los muchos avisos que recibiera de las maquinaciones que contra él se fraguaban. Llegó por el fin el día 29 (3) de enero de 1821, preñado para la deposición del Virrey, que se realizó por medio de un oficio suscrito por todos los jefes del ejército, intimándosele resignase el mando del Virreinato, y lo entregara al General La Serna. (4) en un tiempo dado, preparándose para regresar a España; en el oficio se manifestaba, así mismo, que todas las tropas quedaban, sobre las armas, y que en caso de resistencia o negativa, vendrían a la capital a realizar la deposición a viva fuerza. Esta intimación, cuyo conductor fué el coronel Placencia, se dirigió al Coronel Loriga, quien como Secretario de la Junta de Guerra, se hallaba en Lima, para que la entregase al Virrey en mano propia y exigiese la contestación. Así lo verificó Loriga, y el Virrey sorprendido, mandó llamar al General La Serna para decirle que como General en Jefe del ejército se pusiese al frente de él, contuyese el desorden, y castigase a los autores de la rebelión; pero dicho General manifestó categóricamente que tenía parte en el movimiento, prestándose, después de muchas exigencias, a concurrir a la Junta de Guerra que en el acto se mandó convocar. Los jefes sublevados, no habiendo recibido respuesta, mandaron un segundo emisario, y señalaron al Virrey un término perentorio, durante el cual debía evacuar la capital y retirarse a su casa de campo del pueblo de la Magdalena; a la llegada del comisionado, la Junta de Guerra había ya dispuesto que

se cumpliera el deseo de los jefes del ejército, siendo el General La Mar el único que, al dar su voto en el mismo sentido, considerase lo excepcional y fortuito de las circunstancias.

La respuesta que llevó a sus jefes sublevados el oficial Herreros, (segundo comisionado) no les fué enteramente satisfactoria, y no obstante haberseles manifestado el acuerdo de la Junta, y conformidad del Virrey y la circunstancia de estarse escribiendo las circulares dando a reconocer a La Serna como sucesor de Pezuela, mandaron al Marqués de Valle-Umbroso y al coronel don Antonio Seoane para que no se separasen del lado del último hasta que desocupara palacio y dejara la capital, lo que ve-

sobre el suceso ocurrido, le respondió: "Señor Loriga, se conoce que juega US. con dos barajas".

La noticia de lo ocurrido en Aznapuquio y la inauguración del nuevo Virrey fueron celebradas en el ejército patriota con salvos y regocijo, porque tales acontecimientos aliviaban en algo la mala situación de ese ejército, que tenía multitud de enfermos repartidos en algunos pueblos del Norte, y que estaba diezmado por las muertes ocasionadas por el clima y otras causas. Impotente para emprender ninguna operación, y casi en estado de hacer una retirada, el suceso de Aznapuquio hizo al General San Martín variar de planes, mientras se desenvolvían posteriores acontecimientos.

Lord Cochrane y el General San Martín que se había situado en el Callao en la goleta "Montezuma". Al cabo de muchos días pudo conseguirse licencia para que saliese la corbeta, con la expresa condición de no llevar al Virrey ni a su comitiva. En tal conflicto, se convino en el desembarco de éstos, y que saliendo la fragata sin ellos, se presentara, después de visitada, por la parte de Chorrillos para recogerlos. Así se verificó y el 29 de junio, cinco meses justos después de su deposición, el Virrey Pezuela y sus cuatro fieles compañeros, fueron puestos a bordo de la "Brown", a la dos de la mañana.

Estos continuados acontecimientos, tan prósperos para la causa de la libertad, obligaron a los españoles a abandonar la capital, quedando enteramente evacuada el 6 de julio de 1821, y ocupada por San Martín el 9. El 28 del mismo mes se proclamó y juró la Independencia con grande ostentación, mientras los españoles, en sus nuevas posiciones del valle de Jauja, al paso que reorganizaban el ejército para auxiliar la plaza del Callao, que aún les pertenecía y que estaba a las órdenes del General La Mar, escaramuseaban con ventaja y en pequeñas partidas con otras de la división Arenales, estableciendo su línea de comunicación con las demás provincias del Alto y Bajo Perú.

La plaza del Callao, de la que, como se ha dicho, era Gobernador el General La Mar, a pesar de la mucha deserción de los soldados que la guarnecían, y de no haberse llenado el objeto con que el General Canterac hizo el atrevido movimiento de presentarse bajo sus muros, atravesando por San Borja a la vista del ejército patriota, se defendió con vigor hasta el 21 de setiembre en que capituló.

Desde esa época los independentes trataron con todo empeño de consolidar su gobierno y de organizar su ejército, aprovechándose del desaliento y escandalosa deserción de oficiales y tropa, tanto europea como criolla, de la división expedicionaria a las fortalezas del Callao que apenas llegó a sus acantonamientos del valle de Jauja en la tercera parte de su fuerza.

Rehechos los españoles, por su proverbial constancia, de estas pérdidas, el General Canterac, por medio de un movimiento rápido y atrevido, emprendido el 26 de marzo de 1822, sorprendió el 6 de abril en el Carmen Alto, a dos leguas de Ica, provincia de que era comandante general don Domingo Tristán, a la división que éste mandaba, dispersándola y tomándole multitud de prisioneros y casi todo el material de guerra perteneciente a ella; pero esta ventaja obtenida por los realistas, fué contrabalanceada por la victoria en Pichinga el 24 de marzo por el General Sucre. A esta batalla precedió un hecho de armas parcial en Riobamba, en el que el teniente Lavalle, comandante de un escuadrón peruano, se distinguió abriéndose paso por entre triples fuerzas enemigas que lo tenían encerrado.

Ya en esa época gobernaba el Perú el Marqués de Torre Tagle, como delegado del protector San Martín que había marchado a Guayaquil con el objeto de tener una entrevista con el General Bolívar; a su regreso, volvió a reasumir el mando, y estando ya hechas las elecciones para diputados, el 20 de setiembre siguiente se reunió el primer Congreso del Perú que instaló y abrió solemnemente desprendiéndose de las insignias de su autoridad y resignándola en la misma Asamblea.

Una de las primeras disposiciones del Congreso, fué conferir al General San Martín los títulos de FUNDADOR DE LA LIBERTAD

**Nuevos**  
 Victrola  
**Discos Victor**

**DE MUSICA INCAICA**  
 del maestro ROBLES

Surtido completo de Discos  
 de Opera, Baile, Tonadillas,  
 Criollos, etc., etc.

Sírvese solicitar los catálogos al  
**Bazar Pathé**  
 - LIMA -  
 Agente de Victor Talking  
 Machine Co. Camden (N. Y.)

LA VOZ DEL AMO

rificó a las cuatro de la tarde saliendo con su familia y acompañado únicamente por el Brigadier don Juan Antonio Monet, el capitán de fragata don Simón Londeño y los coroneles Marqués de Casar y Juan Loriga, que tenía tratado el enlace con una de las hijas del Virrey Pezuela y a quien, no obstante, por la íntima amistad que le unía a los jefes sus compañeros, se le creyó también complicado en la rebelión.

Son de notarse las palabras que le dijo su futura suegra, al darle la mano para bajar del coche, cuando haciéndola algunas reflexiones

El Virrey depuesto permaneció en la Magdalena hasta el 25 de mayo que se embarcó en la corbeta Anglo-Americana "General Brown" con dirección al Janeiro; pero habiendo esta corbeta quebrantado el bloqueo del Callao y sido visitada por los buques de la patria, se hizo imposible su salida del puerto, sin correr el riesgo de ser hecha buena presa y de caer prisioneros el Virrey y los pocos militares que lo acompañaban. La llegada de la fragata de los Estados Unidos "Constitución" vino a salvar el conflicto de la "Brown" pues el comandante de aquella entabló conferencias con



DEL PERU y de GENERALISMO DE LAS ARMAS DE MAR Y TIERRA; pero no admitió mas que el segundo, y retirándose a su casa de campo de la Magdalena, se embarcó en la misma noche del 20 para Chile.

Creóse entonces una junta gubernativa compuesta del Gral. La Mar, de don Felipe Antonio Alvarado, y don Manuel Salazar y Baquíjano, presidida por el primero. Esta formó un nuevo plan de campaña, y para darle impulso hizo marchar la expedición, preparada desde meses an-

yano (mulato), se sublevaron y prendieron a su gobernador, al General Alvarado y a los oficiales de la guarnición. Semejante procedimiento no tuvo su origen en el deseo de desertar de la causa patriota, sino que se realizó con el propósito de exigir el pago de sueldos atrasados. El gobierno no fué bastante activo y enérgico para proporcionarles la suma necesaria a fin de contener a los insurrectos, y éstos se vieron obligados, por la misma situación en que se habían colocado, a poner las fortalezas a disposición

el General La Mar. La caballería peruana estaba a las órdenes del General Miller; la de Colombia a las del Coronel Carbajal; los Granaderos a caballo de Buenos Aires, a las del Coronel Ruiz, y toda la fuerza de esta arma bajo las órdenes del General Necochea, como el jefe más antiguo. El General Sucre servía de Jefe de Estado Mayor de todo el ejército. Las disposiciones preparatorias hechas por este distinguido General, antes de principiar la campaña, al mismo tiempo que bastan a dar idea de sus profundos conocimientos militares, facilitaron en mucho la marcha del ejército por terrenos ásperos, montañosos y llenos de obstáculos superables sólo por el entusiasmo y la constancia. "En esas tremendas marchas pudo conocerse hasta donde llega la subordinación inherente al soldado de la América del Sur, y en quien ni las fatigas ni las privaciones puede disminuir el respeto a sus oficiales" (6).

Felizmente los padecimientos de esa larga y fatigosa marcha, fueron coronados por el espléndido triunfo alcanzado por el Libertador en los campos de Junín, el día 6 de agosto de 1824. En la revista que el General Bolívar pasó a las tropas el día 2, entre Rancas y Paico, leyó a los cuerpos una enérgica proclama, que fué recibida con vivas y con un imponderable entusiasmo (7).

Fué tanto más gloriosa la victoria de Junín, cuanto que el éxito de la

sus perseguidores, que se encontraron batidos por el frente y por su retaguardia, e incapaces de reunirse por estar demasiado extendidos y en desorden, tuvieron que recurrir, a su vez, a una fuga vergonzosa, siendo perseguidos hasta muy cerca de su infantería.

El bravo General Necochea recibió, al principio de la batalla, siete heridas y fué hecho prisionero; debiendo su vida a la intercesión de un soldado realista que había servido bajo sus órdenes (8).

La batalla de Junín duró tres cuartos de hora; en ella no se hizo uso de otras armas que del sable y de la lanza. El ejército vencedor descansó en Reyes 36 horas, y continuó su marcha en dirección a Huamanga, ocupando esta ciudad el 25 del mismo mes de agosto. Mientras tanto, el Virrey, sabedor del desastre de sus tropas en Junín, llamó con exigencia al General Valdés que se hallaba en la Láva con su división. El Libertador se separó de Huamanga, con el objeto de cuidar la costa y de acelerar la venida de los refuerzos que se esperaban de Colombia, dejando instrucciones al General Sucre, bajo la creencia de que la proximidad de la estación de las lluvias, impidiera a los españoles emprender, por lo pronto, maniobras ofensivas.



GENERAL D. GERONIMO VALDEZ

teriores, al mando del General Rudecindo Alvarado, la que desembarcó en Arica y continuó su marcha hasta Moquegua. A pesar de ser esa fuerza respetable y compuesta de tropas escogidas, fué batida y deshecha completamente por los generales Canterac y Valdés quienes, por bien combinados movimientos, la pusieron entre dos fuegos, escapando muy pocos individuos y quedando casi todos los que la componían muertos, heridos, prisioneros y dispersos, y en poder de los vencedores todo el parque y armamento.

A esta derrota se siguió la de la segunda expedición mandada por el General Santa Cruz, quien después de haber conseguido ventajas de consideración, sobre los españoles, en la acción de Zepita, y continuando su marcha a Oruro, huyó hasta el Desaguadero en completa dispersión, obligando con este nuevo suceso al General Sucre, que se hallaba con su fuerza en Aquepita, a abandonar esa ciudad, aunque con sólo la pérdida de una parte de su caballería.

Tal era la situación del Perú, en lo de setiembre de 1823, cuando llegó a Lima el General Bolívar que fué recibido con el mayor entusiasmo imaginable.

El 7 de febrero de 1824, las fuerzas que sostenían los castillos, compuestas de los regimientos Río de la Plata y Granaderos de los Andes, capitaneadas por un sargento Mo-

de los realistas. El 10 del mismo mes, los amotinados sacaron de casamatas, al coronel Casariego, que se hallaba prisionero, y lo nombraron gobernador, pero no enarbolaron el pabellón español hasta el 18, día en que escribieron al General Canterac, a la sazón en Jauja, para que viniese a tomar posesión de las fortalezas en nombre del Rey, lo cual se verificó, entrando el 3 de marzo al Callao el General Monet con una división. Hechos por este jefe algunos arreglos, y nombrando gobernador al General Rodil, volvió aquel a Jauja a incorporarse al grueso de su ejército (5).

Entre los hechos que contribuyeron a formar la alta gloria del General Bolívar, sobresale la conducta que desplegó en los momentos que siguieron a la sublevación de las tropas del Callao, pues su firmeza, actividad y energía cortaron el progreso de las defecciones que hubieran sido de muy funestos resultados para la causa republicana.

Mientras tanto, el Ejército Libertador, que se rehacía y organizaba en Pativilca y otros puntos de la costa, se reconcentró en Huaraz para dirigirse a Pasco en julio de 1824. Componíase de tres divisiones de infantería, dos de las cuales, como formadas de tropas colombianas, eran mandadas por los Generales Lara y Córdoba; y la tercera compuesta de tropas peruanas, por



GENERAL D. RAMON RODIL

batalla parecía fatal a las tropas libertadoras, por el estrago que en ellas hizo la primera carga de la caballería española, poniéndolas en casi completa derrota, de la que se rehicieron por el oportuno auxilio que les prestara el teniente coronel Suárez. Este jefe mandaba el escuadrón peruano que no había sido batido, y cargó a los que perseguían la izquierda de los patriotas; viéndose éstos detenidos en su fuga, por lo pantanoso del camino, volvieron caras e hicieron frente a

El General Valdés hizo una marcha prodigiosa y se reunió en el Cuzco a Canterac; concentradas todas las fuerzas realistas que llegaban a cerca de 10,000 hombres y puesto el Virrey a la cabeza de ellos, se hizo patente su plan de acometer a los patriotas.

Pasó el mes de noviembre ocurriendo algunos encuentros de poca importancia, y en movimientos estratégicos de ambos ejércitos, hasta que el 3 de diciembre, fué atacado el General Sucre por el General



Valdés en Matará, sufriendo un fracaso que le costó la pérdida de más de doscientos hombres, del parque de campaña, y de uno de los únicos cañones que tenía. No obstante esta pérdida de alguna importancia para los patriotas, atendida la inferioridad numérica de sus fuerzas, se retiraron éstas en orden y ambos ejércitos continuaron en sus maniobras, hasta que llegó el día 9 de diciembre.

El sol alumbró en ese día los campos de Ayacucho, ocupados por dos ejércitos; el uno poderoso por sus fuerzas materiales, y el otro que lo era mucho más por su entusiasmo y por la convicción de la causa que defendía; el uno que luchaba por hacer eterno el poder de España sobre la tierra que conquistara, derramando tanta sangre, y el otro por colocar a su patria en el rango de los pueblos soberanos.

El valiente General Sucre, en estas lacónicas y sentidas palabras: "De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur", hizo presente a sus soldados, la grandeza e importancia de la alta cuestión que las armas iban a decidir en ese supremo momento.

Encendida la pelea, ambos ejércitos hicieron ver que merecían la fama de valientes, y más de una vez pudo creerse que los sacrificios y heroicos esfuerzos hechos por los patriotas durante tres años, iban a terminar con un irreparable desastre. Empero, a las acertadas disposiciones de los jefes patriotas y a la decisión con que ese día protestaron

ser libres o derramar su última gota de sangre, se debió el triunfo que ha inmortalizado a Ayacucho; que

hizo para siempre libre la América del Sur, y que volvió al Perú su largo tiempo usurpada soberanía.



GENERAL D. ANDRÉS GARCÍA CAMBA

## Aníbal Gálvez EL REAL FELIPE



Pocas veces resurgió de lo hondo del olvido, con más cariñosa simpatía, un nombre proscrito, "El Real Felipe", que lo era el de la fortaleza del Callao, como cuando en la carátula de un libro lo estampó el doctor Aníbal Gálvez.

Ese libro es una monografía de la audaz hazaña intentada en 1818 por el heroico tacneño don José Gómez, de apoderarse de la fortaleza para entregarla a San Martín, dos años antes de la venida del

Gran Capitán de los Andes al Perú.

Con ser grande la atrevida empresa, calificada por alguien como una gloriosa locura, la obra no habría tenido la aceptación unánime que se le dispensó, si á lo interesante del tema no se unieran condiciones especiales para hacer atrayente su lectura, á ilustrar el espíritu.

El príncipe de las letras nacionales, don Ricardo Palma, decía en carta dirigida al autor del libro: "Lo galano e intencionado de su estilo, lo ameno del relato, la oportunidad de los comentarios, el estudio de caracteres y la amplitud de noticias personales sobre todos los comprometidos en la desafortunada revolución, revisten al ampliamente documentado proceso de altísima significación y de indiscutible importancia histórica".

"No son páginas efímeras, las por usted publicadas, sino de las que se buscan y perduran, como fuente valiosa de información y de estudio para los hombres de la nueva generación que se engolosinan con la lectura de narraciones sobre sucesos y personajes que fueron. Inspírese usted en este concepto, y convéncase de que hace utilísima obra de patriotismo, que habrá de conquistarle, por lo menos, la gratitud de los pósteros".

La obra está publicada en dos volúmenes, y está dividida en libros.

En el libro primero titulado "Recuerdos históricos", se presenta el origen del puerto de la Ciudad de los Reyes, y de su formación y desarrollo hasta su destrucción en 1746.

La época de mayor auge del Callao se describe así:

"En el documento inédito, que se publica en el capítulo primero de esta obra, se ha visto que ya en 1558 existía en el puerto de la ciudad un Tambo real ó un depósito fiscal, donde se guardaban las mercaderías y bastimentos que conducían las veinte ó veintidos naves, que, según el Palentino, no faltaban en el puerto en 1555.

"Al año 1567 corresponde la creación del primer convento, de frailes dominicos. En 1590, los jesuitas establecieron su casa en la parte que dá á la boca del río, la que trasladaron más tarde al lado opuesto".

"Los franciscanos, en 1593; los agustinos, en 1594; los mercedarios y los juandedianos levantaron después sus edificios religiosos, y, en el siglo diecisiete el Callao ofrece el aspecto de una población llena de vida, tal como se hallaba en 1629, cuando de ella se ocupa el padre Cobo, en su interesante obra "La fundación de Lima"; y tam-

bién, como la describen las crónicas agustinas.

"Desde á bordo del navío, que, con sus velas desplegadas, surcaba majestuosamente las tranquilas aguas de la bahía, en pos de su fondeadero, la ciudad se presentaba esplendorosa, elevándose en toda ella, sobre sus ochocientas y más casas, las cúpulas y campanarios de sus templos y minaretes, mientras allá, en el fondo, como escondida entre el verdor de los campos, se hallaba recostada, Lima, la reina de las ciudades, dejándose adivinar por las elevadas torres, domos de sus iglesias y edificios.

"Tanta grandeza del Callao, no vuelta jamás á reconquistar, se deshizo el 28 de octubre de 1746.

"La tierra se estremeció, como campo de arbustos batido por el recio huracán y una ola gigantesca condujo las naves á tierra, sobre todos los edificios; y, al retirarse, quedaron los escombros de la floreciente ciudad.

"El tiempo con su pasar, y las fuerzas vivas y latentes de la naturaleza, todo lo destruyen y solo subsiste el poder que preside la sucesión de los siglos y ordena las potencias de la materia".

El capítulo cuarto, que es el último del primer libro, presenta el cuadro de los prisioneros encerrados en la fortaleza por el delito de insurgencia:

"La enseña revolucionaria levantada en las márgenes del Plata, en mayo de 1810, vino a desafiar a España, en las mismas puertas del Perú.

"Conducida por Castelli, hasta las orillas del Desaguadero, los gritos de guerra resonaron en todo el territorio del Virreinato, y fueron el anuncio de que se abría la era de la lucha sin tregua por la independencia.

"Los mismos ecos llegaron del sur y del norte, y el Virrey del Perú hubo de atender á todas partes, con soldados, armas y dinero, no obstante las estrecheces en que se encontraba.

"La marcha triunfal de la revolución americana, fué pronto detenida, y hubo días en que pareció hallarse exánime, en los momentos preagónicos.

"En esos días de retroceso; en que recibían las heridas mortales las fuerzas independientes en el oriente y en el sur, se dió principio a una ardorosa peregrinación.

"Unos tras otros los campeones caídos en las batallas, en los pequeños combates, en las escaramuzas y emboscadas del Alto Perú, de Tacna, de Huánuco, de Tarapacá y de Chile iban llegando á poblar las Casas-matas del Real Felipe.

"Allá estaban como reos del delito de insurgencia, de rebelión contra su legítimo soberano.

"Fieles que habían comulgado juntos y por el mismo culto, el de la patria, aunque en diversos lugares y distintas circunstancias; comían juntos, también, el amargo pan del infortunio".

"La Conjunción" es el título del libro 2o., y allí se destaca en relieve, la histórica figura de don José Gómez, personaje no conocido, no estudiado, no comprendido y que aventaja á todos los de su tiempo por su serenidad, su valor, su audacia y su amor sin límites á la Patria.

En el capítulo primero se le exhibe así:

"Un día dos meses de diciembre de 1817, las puertas de las casas-matas del Callao se entreabrieron para dar paso á un prisionero más, trasladado de la cárcel de la Corte de Lima.

"Los ardientes rayos del sol, en los desiertos; las brisas de la mar y los helados vientos de las punas habían tostado su rostro.

"En sus ojos, negros y grandes, las pupilas, de ordinario serenas



chispeaban á veces: sin duda con el recuerdo de las pasadas luchas, ó con las visiones de las futuras lides que habían de conducirlo á realizar el ideal de alma: la emancipación nacional.

"Sol que se hallaba en el zénit de su carrera, era luz y calor, es decir vida; pero vida latente, activa de batallar sin tregua, de acción sin reposo.

"Al mirarle se adivinaba en él un carácter, un ser nacido para mandar, refractario á todo dominio, rebelde á toda sujeción: al amante ardoroso de la libertad.

"Sin mostrar en el semblante la más ligera sombra de la emoción, ese personaje franqueó los umbrales del tenebroso presidio, y dentro de él halló á sus compañeros de infortunio, algunos de ellos viejos conocidos; soldados de la misma idea, sacerdotes del mismo culto.

"Creíase entonces que las tinieblas de los calabozos matarían el pensamiento revolucionario.

"¡Gran locura!  
 "¡Como si la oscuridad pudiera apagar la luz de las conciencias!

"¡Como si en la noche no fulguraran, más aterradores, los centelleos de la tempestad!

"Rodeaba á este hombre una aureola que en todo corazón despierta el sentimiento de la simpatía: la aureola del infortunio; la aureola que no suscita celos, que nadie envidia, á la que solo aspiran las almas nobles, y ésto cuando lleve consigo la palma del mérito ó el galardón de la inmortalidad.

"¿Quién era y por qué iba al presidio?

"Era él don José Gómez, Teniente Coronel de los ejércitos independientes.

"Entraba en el presidio por que era reo de un gran delito: del delito de aspirar á la independencia de su patria, ideal ante el que sacrificó su existencia, al que consagró su vida entera.

"No he de decirlo yo, sino un documento auténtico, lo que fué para la patria naciente don José Gómez y su actuación abnegada en la lucha por la independencia nacional.

"Don José de Lanao, caballero de la real y militar orden de San Hermenegildo, capitán ayudante del primer regimiento de Infantería "Real Infante Don Carlos", dice de aquél:

"De los reos presentes que tienen una cooperación activa en el delito, es José Gómez. Contra éste obran las pruebas más urgentes de que es uno de los principales motores del proyecto. Ya se vé: su corazón ha sido de mucho tiempo atrás un manantial de donde se han derramado las pestilentes aguas de la revolución, promoviendo á otros para que se conjuren á igual fin. Por este crimen ha sido procesado en diversas épocas. En la insurrección de Tacna acaecida el tres de octubre de 1813, fué caudillo de la mayor confianza del infame Enrique Párrido. Emigrado de aquellos lugares, bajó á esta ciudad, y en clase de emisario del apócrifo gobierno de Buenos Aires, tomó partido en igual asalto y sorpresa á el que ocasiona este proceso, meditado para el 28 de octubre de 1814. Excusó el justo castigo con la fuga, y siendo apresado en Arica, promovió la que resolvió hacer en dicha ciudad para el día 10 de octubre de 1815.

"No son necesarias más hebras de oro para tejer la corona de un héroe; no son precisas más hojas de laurel para adornarla; ni más títulos de enaltecimiento, ni más moles de mármol que sustenten la estatua de quien, con los brazos en alto, llame á las puertas de la mansión de la inmortalidad.

"Como un hombre tan temible por su audacia, su tenacidad, su valor, sus inconcebibles temeridades y, digámoslo de una vez, por

su odio al dominio español, aun vivía en aquellos tiempos, en los que hasta el pensar en la emancipación era delito.

"No era por falta de motivos, que muchos había dado, para que cayera sobre su cabeza el rudo golpe de la represión.

"Era que, ante los jueces, no le abandonaba esa serenidad de espíritu de que hacía gala en el peligro; y la respuesta oportuna, su inagotable inventiva, su lógica invencible, sus argumentos incontestables, hacían vacilar á aquéllos, y el fiel de la balanza de la real justicia no hallaba su centro.

"No obstante todo esto, contra él se había fulminado una sentencia de muerte, pero el indulto, concedido por real cédula de 24 de enero de 1817, llegó para salvarlo de la horca.

"El superior decreto de 2 de mayo de 1818, le concedió la vida, más no la libertad. Había de ser conducido á España bajo partida de registro, á disposición de Su Majestad, con testimonio de los cargos que sobre él pesaban.

"Pero las gracias de Fernando VII y del Virrey de Pezuela, no doblegaron á ese espíritu rebelde.

"Cuando su juez le llamó ingrato, por que contestaba con una nueva revolución á las mercedes recibidas, se yergue altivo, desafiando la ira de sus enemigos, y, revelando el desprecio que tenía por la vida exclama: —Yo no solicité ser comprendido en el indulto; mi abogado lo pidió contra mi voluntad.

"En el presidio esperaba, pues, don José Gómez, la salida de un navío que lo iba á conducir á España.

"Ese navío no salió más del Callao, y el prisionero había de emprender, un año más tarde, y en la nave de la gloria, el eterno viaje á la región de los inmortales.

"Como si el desastre fortaleciera su carrera, tras cada golpe de destino, volvía el rostro airado, para contestarle con una nueva audacia.

"En lucha titánica con la mala suerte, después de cada caída se levantaba, mostrando á aquella los puños cerrados, con nuevas fuerzas en los músculos, con nuevas iras en el corazón, con nuevos bríos en el alma".

Don José Gómez, durante el cautiverio en la fortaleza, preparó todos los elementos necesarios para hacer fácil el apoderamiento de ella.

Sargentos y cabos de la guarnición; y los prisioneros, hombres resueltos, capaces de enfrentarse á toda suerte de aventuras, esperaban el día en que su intervención fuera necesaria.

Mientras tanto el prisionero Gómez fugaba, porque su presencia fuera del castillo era indispensable para organizar los elementos que debían llevarse, ya para vencer en acción de fuerza, ya para constituir la nueva guarnición que reemplazara á la española.

La histórica huerta de PRESA, en la calle de Malambo, de la que era arrendatario don José Pagador, hijo de la ciudad de San Juan de la Frontera, Victoria de Huamanga, hoy Ayacucho, fué el centro de la conspiración, por que en ella se ocultó el teniente Coronel Gómez, haciéndose llamar don Diego López.

Sus agentes eran don Carlos Sabalburú, primo de Gómez, natural de Moquegua, don Lorenzo Valdeirama, primo también de Gómez; el médico Dr. Nicolás del Alcázar, moqueguano, que fué uno de los mártires de la aventura; los cabos del tercer batallón del regimiento del Real Infante don Carlos José

León y José Zaura, que eran los agentes en la fortaleza del Callao, en la que estaba la guarnición, y otros personajes secundarios en el gran drama que iba á desarrollarse.

Aun cuando el batallón que guarnecía el Real Felipe, había sido relevado por el indisciplinado del "Número", habían quedado en él cuarenta hombres de aquél, y, lo que era más importante, tres de los cabos comprometidos en el movimiento: José Zaura, Luis Ramírez y José León, y como era necesario obrar y no sostener en espera á los elementos comprometidos, el 20 de julio se celebró la última junta.

La acción final de esa junta la describe el autor así:

"De uno en uno los conjurados fueron retirándose.

"Hasta mañana, les dijo Gómez, repartiendo los rayos de su mirar sereno.

"Hasta luego, dijo, también, á José María Pagador.

"Cuando ese hombre de músculos de acero y de bronce, al entender de todos, quedó solo, miró á los cielos al través de los cristales de la ventana, y empañados los ojos por las lágrimas, vió algo.

"Sin duda la imagen de la patria cubierta de heridas de las que manaba abundante sangre.

"El empuinado cayó entonces, de rodillas, exclamando:

"Patria mía! Te he ofrendado mi sangre en mil empresas: voy á la última. Si Dios me protege te veré libre, si me abandona, habré sacrificado á tus pies mi único tesoro, mi vida.

"Dios lo abandonó.

"Es claro: la libertad necesita sangre para fecundarse; sin mártires ninguna idea triunfa.

"Tanta grandeza no cabía en la tierra, y la gloria es para los gloriosos.

"A la inmortalidad entró el 2 de enero de 1819.

"Yo que estudio con amor la historia nacional; que sorprende á sus campeones en su vida íntima; que los contemplo y los admiro; cierro los ojos y me parece verlos desfilar como constelaciones del Universo patrio y cuando toca el turno á los taeneños diviso la simpática figura de don Francisco de Zela, y siento la necesidad de inclinarme reverente; pero cuando se acerca don José Gómez, vacilo y sin yo quererlo mis rodillas se doblan, mi corazón palpita con fuerza, y postrado, saludo á la sombra del héroe y del mártir".

En la llanada que ante el Real Felipe se extendía, denominada la CORCHA DE LOS CABLES, se movían silenciosos, y cual sombras, los personajes que intervenían en el drama, en las primeras horas de la noche del 21 de julio de 1818.

Noche de oscuridad densa, en que la fina garúa empapaba la ropa y el frío penetraba en los huesos.

Una á una las sombras desaparecían dentro de la fortaleza, mezcladas con los hombres de la guarnición, formada, entonces, por los voluntarios del regimiento del "Número".

"Palpitantes los corazones; la sangre corriendo como torrentes por las venas, las manos oprimiendo nerviosamente los mangos de las pistolas ó los puños de las espadas; en el alma la esperanza; los valerosos patriotas debían limitarse á aguardar que los habitantes del Callao durmieran, que el toque de silencio se hiciera oír en la fortaleza, y que los oficiales y soldados descansaran en sus cuartos y prevenidos para reunirse, soldados y paisanos, y dividirse en grupos para desempeñar cada uno su misión; dar libertad á los prisioneros, apoderarse de las armas, tomar los

puestos de guardia, y aprehender a los jefes y oficiales españoles.

"¿Habrá resistencia?

"Para eso eran hombres, para eso llevaban armas, para eso tenían valor indomable, para eso acariciaban en su alma un noble y sublime ideal; el de morir por su Patria.

"Velaban y vigilaban. Por eso pudieron ver al comandante Gallardo, que salía precipitadamente y un ligero movimiento en las habitaciones del Teniente Gobernador.

"¡Estamos vendidos! fué la voz que brotó de todos los labios y rápidamente todos abandonaron la fortaleza.

"Allí delante de esa plaza, que momentos antes era el punto de mira de tantas voluntades, Gómez dijo á sus leales.

"La empresa está perdida. A salvarse cada uno como pueda, y sólo les advierto que dos letras tiene un SI y dos letras un NO.

"Y luego, algo emocionado como cuando se despedía, veinticuatro horas antes, en la puerta de Presa, repartiendo los rayos de su mirar sereno, decía de nuevo:

"Hasta pronto, amigos míos.

"A algunos debía encontrar en las prisiones y á otros, más tarde, en la eterna patria de los mártires.

"Efectivamente, la empresa estaba perdida.

"El chileno Bernardino Escobar, uno de los comprometidos para realizarla, fué el delator.

"Por rara coincidencia fué otro chileno, Tomás Olivares el que denunció también á los conspiradores de Lima, de modo que la justicia española se encontró presto con los hilos de toda la conflagración preparada.

"La justicia española fué cruel con los rebeldes americanos, y el patíbulo para muchos de éstos, el término de sus esfuerzos libertarios.

"Lo fué, también, para don José Gómez.

"Un sol estival inundaba de luz la ciudad de los Reyes en la mañana del 2 de enero de 1819.

"Las bandas de música, los tambores y los pífanos de la infantería y las trompetas y timbales de la caballería, lanzaban sus alegres notas; y los vivos colores de los galones y de los uniformes, daban mayor realce al espectáculo con que el Capitán general quería celebrar el nuevo año.

"Parte de las tropas rodeó la plaza mayor de Lima y otras formaron calle desde la puerta de la cárcel de Corte, situada en la calle de Pescadería, hasta mitad del portal de Botoneros, en donde desemboca el callejón de Petateros.

"De la cárcel salió un cortejo.

"En él iban tres hombres, que, poco más de cinco meses antes, marcharon alegres y llenos de fé á realizar una gran proeza.

"Faltó ésta, y ahora caminan al suplicio.

"Pudieron ser héroes y ahora son mártires.

"En medio de una inmensa muchedumbre, que los miraba con ojos piadosos, llegan al sitio en que se levantan tres horcas".

"Después:

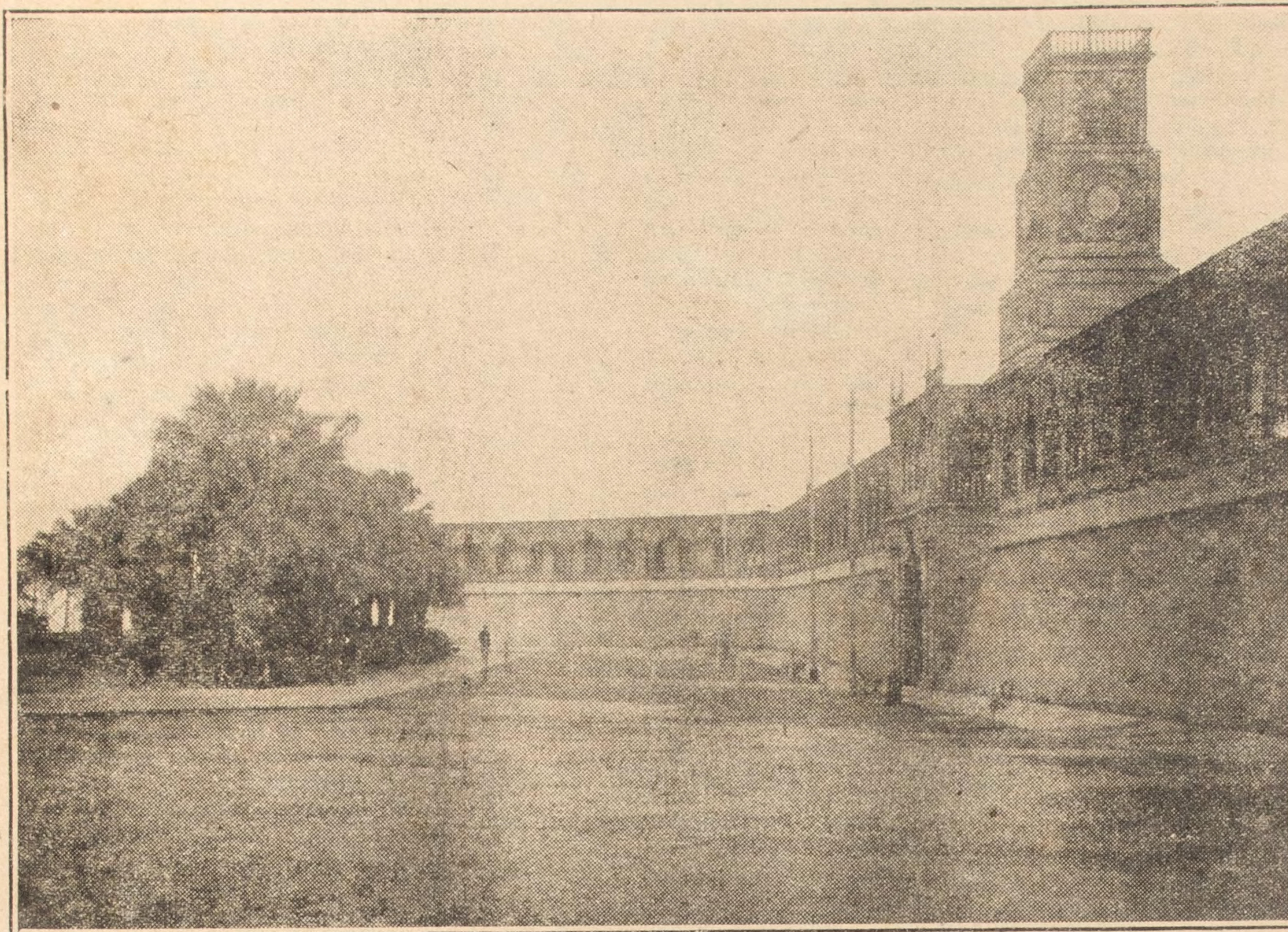
"En Lima, enero dos de mil ochocientos diez y nueve, el Teniente alguacil mayor de la ciudad, por ante mí, el presente actuario, trasladó, en cumplimiento de la sentencia de fojas. . . y auto superior confirmativo del Exmo. Sr. Virrey D. Joaquín de la Pezuela y Sánchez, á los reos don Casimiro Espejo, José Gómez y Nicolás Alcázar, a la plaza pública de esta ca-



pital, puestos todos los tres en ringle-  
 ra se les leyó dicha sentencia en

la parte comprensiva á 611es, y au-  
 to confirmación, lo que verificado  
 se le dió el debido cumplimiento.  
 Y para que conste pongo la presen-  
 te que firmó dicho Teniente de que

doy fé. —*Laureano de Beunza.—*  
*José Cabrera*.  
 "El reloj de los tiempos señalaba  
 las diez de la mañana del 2 de ene-  
 ro de 1819".



PUERTA PRINCIPAL Y MURALLAS DEL REAL FELI, sobre las que se han edificado sencillas construc-  
 ciones para el servicio de la Aduana del Callao.

## Tarjetas Postales

• **ARTISTICAS**  
 en negro y en colores con  
**Visitas del Perú**  
 INMENSO SURTIDO

Novelas de los mejores  
 autores.- Libros recreati-  
 vos, Cuentos. Chistes, &

Cigarrillos "INCA"

Lima artístico y monumental.

Precioso Album con 24 foto-  
 grafías directas de arte  
 COLONIAL.

EL LIBRO de los HIMNOS

Contiene lo música para  
 piano de los himnos de todas  
 las naciones del mundo.

Un tomo en pasta de lujo DIEZ SOLES  
 Vende la

Cigarrería de Bedegones  
 Frente al Maury

# G. LOREDO y Cia.

CASA ESTABLECIDA EN 1853

**IMPORTACION DIRECTA DE MERCADERIAS EN GENERAL**

Exportaciones :

Comisiones y :

Consignaciones



Especialidad : : :

en Casimires, : :

Paños, Merinos,

==== y Artículos para Sastres ====

**336 - BODEGONES - 336**

**Teléfono 227 LIMA Apartado 748**